

ALICIA VACAS MORO



Nace en Valladolid el 17 de febrero de 1972. Con 18 años, y tras terminar el COU, entra en la congregación de las Misioneras Combonianas, realiza su formación en España e Italia y profesa el 10 de octubre de 1994.

En agosto de 1995 es destinada a Gijón donde estudiará Enfermería hasta 1998. Años después, en 2007, estudiará la especialidad de Medicina Internacional.

Siempre ha ejercido su labor como misionera en el mundo árabe. Primero 2 años en Dubai y posteriormente en Egipto: durante 4 años en una clínica rural cerca de Luxor y posteriormente 3 años en los suburbios de El Cairo.

Desde octubre del 2008, vive en Betania (Palestina), a la sombra del muro de separación israelí que rodea el convento de las Misioneras Combonianas. Su trabajo se divide entre el acompañamiento a las comunidades beduinas del desierto de Judea y como enfermera, colabora como voluntaria con la organización israelí Médicos por los Derechos Humanos en una clínica en Tel Aviv; atienden a personas sin seguro sanitario, ni papeles de residencia, generalmente refugiados e inmigrantes que han sido engañados, secuestrados y torturados por redes organizadas que trafican con seres humanos en la península de Sinaí.

En 2009, después de los ataques del ejército israelí sobre la Franja de Gaza (Operación Plomo Fundido), formó parte de una misión internacional para verificar las denuncias sobre violaciones de los Derechos Humanos, especialmente en el campo sanitario.

TRES MIL RUEDAS por un futuro mejor

Un campamento beduino en el desierto de Judea;
un grupo de arquitectos de la ONG italiana "Vento di Terra";
una comunidad de Misioneras Combonianas;
jóvenes voluntarios hebreos;
los Rabinos israelíes por los Derechos Humanos (RHR-il)...
¿Qué reúne personas tan diferentes, desde el punto de vista
étnico y religioso, alrededor de tres mil neumáticos viejos,
en un lugar perdido entre Jerusalén y Jericó?

Una propuesta pacifista y ecológica, basada en el diálogo interreligioso e intercultural, ha permitido que tres mil neumáticos viejos se conviertan en una escuela, reconocida por el Ministerio de Educación de la Autoridad Palestina: ¡cuatro aulas espaciales, un despacho para la administración, patio y servicios!

Esta ha sido la respuesta de Vento di Terra y de la comunidad comboniana de Betania a la marginación y abusos que viven los beduinos Jahalin: construir para ellos una escuela de ruedas, para eludir la prohibición de edificar impuesta por el Gobierno Israelí, e involucrar en el proyecto a todos aquellos que quieran colaborar para ofrecer un futuro mejor a los pequeños de esta comunidad beduina, la más numerosa en Israel/Palestina.

Los Jahalin tienen una historia sufrida, hecha de expulsiones, demoliciones y confiscación de tierras y propiedades. "Hubiéramos querido recibirlos bajo nuestras tiendas en Ber Sheva, nuestra tierra de origen, pero desgraciadamente hace muchos años que nos expulsaron de aquellas colinas y los pastos de nuestros ganados ya no nos pertenecen" —relata Abu Suleiman— coordinador del Comité Beduino Jahalin de Jerusalén, mientras acoge con un té y una sonrisa a los numerosos huéspedes que se acercan a conocer la escuela.

Obligados a dejar la región del Neguev en 1948, después de la creación del Estado de Israel, los Jahalin se han convertido en refugiados (bajo la protección de la U.N.R.W.A., agencia de la ONU que se ocupa de los refugiados palestinos), comenzando un largo éxodo en distintas zonas de Cisjordania. Al no aceptar



integrarse en los grandes asentamientos urbanos, como la mayor parte de los palestinos, el acuerdo de Oslo los segregó en la llamada área C¹, y por consiguiente, bajo el control administrativo y militar de Israel, en zonas donde la expansión de las colonias avanza a ritmo vertiginoso.

¿No hay en Jerusalén una calle que llaman la Vía Dolorosa? —pregunta Abu Soleiman, que hace años que en Jerusalén no puede poner pie—, “*pues esta es nuestra Vía Dolorosa*”, nos explica mientras nos lleva en su 4x4 por senderos impracticables a visitar algunas de las comunidades Jahalin más desafortunadas, confinadas en las faldas del basurero de Jerusalén, en condiciones de vida insalubres e inhumanas.

Considerados desde siempre un grupo aparte de la sociedad palestina, casi siempre marginado y privado de sus derechos, los Jahalin describen el progresivo deterioro de su situación después de la ocupación israelí de Cisjordania en 1967. Desde entonces, el crecimiento vertiginoso de los asentamientos israelíes en la zona les ha confinado en espacios delimitados, sin permiso para trashumar, desplazarse o construir.

Acostumbrados a vivir en condiciones duras, en chabolas de lata o de cartones, gélidas en invierno y tórridas en verano, sin agua corriente, sin luz eléctrica ni servicios higiénico-sanitarios, los beduinos no ambicionan los chalés adosados que ven multiplicarse en las colonias vecinas de Kefar Adumin y Maale Adumin. Sus aspiraciones no apuntan hacia los centros comerciales, los jardines y las piscinas que ellos mismos construyen con sus propias manos para los colonos. Su sueño es poder mandar a sus hijos a la escuela, y ofrecerles un futuro mejor.

Hasta ahora, la única posibilidad de instrucción para los pequeños, era bajar cada mañana hasta la carretera provincial Jerusalén-Jericó, donde intentaban parar algún medio de transporte que les acercase a la escuela del U.N.R.W.A en Jericó, distante unos 30 km. Tres niños Jahalin han perdido la vida atropellados y dos han sufridos secuelas permanentes, mientras esperaban en el arcén de la carretera. De esta necesidad imperiosa de ofrecer a sus hijos educación y seguridad nace la “osadía” de la comunidad beduina de Khan al Ahmar, a pesar de la prohibición israelí que “congela” los campamentos en un estado perpetuo de subdesarrollo.

Desafiando la deshumanización de la ocupación, con una iniciativa valiente y profética, los Jahalin han convocado a un grupo heterogéneo de amigos y voluntarios, entre los que se cuenta la comunidad comboniana de Be-



tania, “orquestados” por el arquitecto Valerio Marazzi y la ONG italiana Vento di Terra, para construir codo a codo la escuela que ni el Gobierno Israelí ni la Autoridad Palestina estaban dispuestos a proporcionar: neumáticos usados llenos de tierra prensada y colocados en filas escalonadas como ladrillos, enlucido de barro y techo de zinc con material aislante tipo “sandwich”... una idea brillante con material reciclado y un coste mínimo.

Sería una historia perfecta de solidaridad y desarrollo sostenible si la orden de demolición de la Administración Civil israelí no hubiera llegado aún antes de terminar las obras, amenazando con arrollar como un tsunami devastador, no sólo la escuela, sino todo el campamento beduino, como consecuencia de la denuncia de los colonos de Kefar Adumin, insidiosos “vecinos de casa”, distantes menos de un kilómetro.

“Sabíamos desde el principio que, según la ley israelí, está prohibido construir en área C —explica Dario Franchetti, de Vento di Terra— pero decidimos sostener el proyecto, de acuerdo con los beduinos, como gesto de resistencia pacífica y no violenta, para afirmar el derecho a la instrucción de los niños de la comunidad Jahalin. Ninguno se espera el reconocimiento oficial del edificio por parte de las autoridades israelíes, pero esperamos llegar a una situación en la que la presencia de la escuela sea al menos tolerada”.

El entusiasmo y las ganas de hacer estudiar a sus hijos han sido más fuertes que las amenazas y el miedo, por lo que desde hace tres años, unos noventa niños entre 6 y 10 años, estudian y juegan en su flamante escuela nueva, ¡una escuela de ruedas! El brillo de sus ojos el primer día de “cole” fue inolvidable, como será inolvidable el horror, el día que vean llegar las apisonadoras para aplastar su escuela y sus sueños. Sí, porque este, el único espacio en el mundo en el que los Jahalin tienen el permiso (¡que no el derecho!) de vivir, es área C, donde sólo los israelíes pueden construir.

1 El acuerdo de Oslo del 1993 definió la distribución actual de Cisjordania, dividiéndola en tres áreas:

- Área A: principalmente las ciudades palestinas y algunas áreas rurales, en las que la Autoridad Palestina es responsable tanto de la administración como de la seguridad;
- Área B: compuesta sobre todo por las áreas rurales, cuyo control comparten la AP e Israel;
- Área C: que a pesar de ser territorio palestino, comprende todas las colonias, las carreteras a uso exclusivo de los colonos y las zonas de máxima seguridad, como las bases militares. Esta zona está bajo completo control israelí.



Y junto a la escuela, crecen también los sueños y los proyectos de los beduinos que, cada vez son más conscientes de sus derechos y de sus posibilidades: una red de guarderías para preparar a los más pequeños, una clínica móvil que visita semanalmente los campamentos, clases de alfabetización para adultos y hasta una cooperativa de artesanía local para ofrecer una fuente de ingresos a las mujeres beduinas... Sosteniéndoles en sus luchas y esperanzas se encuentra la comunidad comboniana de Betania, que ve en estos beduinos “los más pobres y abandonados”, en este conflicto eterno que enciende el Oriente Próximo.

Los sueños y proyectos de los Jahalin penden del hilo sutil de la sentencia del Tribunal Supremo de Justicia. Frente a la inminente sentencia que decidirá la vida y el

futuro de estos pequeños, resuena la voz firme y contundente del Rabino Yehiel Grenimann, Director Ejecutivo de la organización israelí Rabinos por los Derechos Humanos (RHR):

“Como hebreo israelí, hijo de refugiados a causa del Holocausto, conozco en primera persona lo que significa para los refugiados la educación de sus hijos. Como hebreo religioso, creo que la educación es no sólo un derecho humano fundamental, sino también un valor espiritual.

Me siento identificado con las legítimas aspiraciones de estos beduinos, y creo que todos deberíamos hacer un esfuerzo por sostenerlos y protegerlos de humillaciones y abusos.

Admiro su valentía y su tesón, y rezo porque la resolución del Tribunal Supremo de Justicia encarne los más altos valores judíos de amor a la humanidad, superando la indiferencia hacia los no-hebreos que viven con nosotros.

En el primer capítulo del libro de Isaías se lee la condena por la corrupción del antiguo pueblo de Israel. Una denuncia que permanece válida y actual, solicitando justicia para todos, especialmente para los más débiles. Isaías condena pesadamente la indiferencia hacia el sufrimiento de los pobres... y en nuestra sociedad de hoy, nadie es más pobre que estos beduinos. En un caso como este, se pone a prueba nuestra humanidad”.

«*Sión se salvará según su justicia*» (Is. 1,27)

■ LA MIRADA DE JOSÉ LUIS CORTÉS

